ESPIRITUALIDAD Y SECULARIDAD

A propósito de un texto del Fundador del Opus Dei

ANTONIO ARANDA

I. Planteamiento de la cuestión

1. *Objetivo que nos proponemos*

Es un Simposio centrado en la misión de los laicos y concebido como una reflexión presinodal llevada en común, al igual que en anteriores ocasiones, por teólogos, filósofos y canonistas, parece obvio aludir a las relaciones entre secularidad y espiritualidad. El próximo Sínodo de los Obispos tiene como objetivo primordial desarrollar la doctrina del Concilio Vaticano II, y buscar vías prácticas de aplicación, respecto de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. La cuestión es central en el espíritu y en la letra del Concilio, y pertenece como elemento constitutivo a su patrimonio eclesiológico renovador. Dentro de ese ámbito doctrinal, el tema que nos planteamos en estas páginas es, a su vez, según entendemos, un punto decisivo de reflexión y de diálogo para lograr expresar la riqueza teológica del mencionado patrimonio (inseparable, por otra parte, del magisterio postconciliar, connatural con él), y para traducir eficazmente tales contenidos en un «lenguaje» pastoral renovado, materializado en hechos y en actitudes prácticas.

El tema de la espiritualidad en general, y el de su relación con la secularidad en particular, al que ahora nos referimos, no es de importancia menor para la teología de la Iglesia. Si la teología espiritual —que ha de ser una teología de la vida cristiana, captada en su unidad y diversidad en el seno de la Iglesia— ha tenido un desarrollo deficiente, no es porque carezca de importancia sino porque la propia eclesiología y, más aún, la dogmática en su conjunto, no ha estado en

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

condiciones de comprender la inmensa laguna que dejaba tras de sí al dejar sin desarrollar una teología de las personas en la Iglesia. Nos hemos preocupado más en años pasados de una teología de las instituciones, de los ministerios y de los elementos comunes vistos en su objetividad, que de una teología de los sujetos en los que existen y se sostienen. Hemos hecho más bien, por razones sin duda legítimas y hasta necesarias, una eclesiología de la Iglesia en sí misma que una eclesiología de la Iglesia en sus miembros.

Se me podría objetar que existe de hecho una teología (y un magisterio) del papado, del episcopado, del sacerdocio, de la vida religiosa y del laicado. Es cierto: esas teologías han ido existiendo progresivamente entre nosotros. Ahora bien, también es cierto que su melodía de fondo suena a una variación para solistas del tema institucional, y que hay una cierta ausencia de partitura propia. Cuando algo así sucede, es decir, cuando se trabaja más en lo estructural y se mira a lo funcional desde su función estructural, se oscurecen otros aspectos, como, por ejemplo, el personal. Y, entonces, necesariamente queda también subdesarrollada la teología de la función menos funcional de la Iglesia: la del laicado. En la gran sinfonía eclesiológica, al menos hasta el Concilio, han acabado teniendo los laicos un papel digno pero insuficiente: han sido la gran masa coral. Algo así como los coros del ejército ruso, donde el coro es importante pero más lo es el ejército y sus mandos.

Incluso las grandes luces renovadoras del Concilio en esta materia de los laicos, han quedado parcialmente oscurecidas en la vida real de la Iglesia. Las orientaciones generales, ofrecidas desde una consideración funcional válida pero incompleta en el plano operativo, sólo han conseguido resultados parciales interesantes en algunos terrenos, como, por ejemplo, en el de la participación litúrgica y en algunos aspectos de la vida comunitaria que de por sí requieren las estructuras pastorales de la Iglesia. No se puede, sin embargo, decir lo mismo, por desgracia, de la espontaneidad testimonial y apostólica de los fieles corrientes, poco comprometidos en general con su llamada a la santidad y su misión evangelizadora.

Aunque resulte doloroso, no se puede ocultar que a los veinte años del Concilio Vaticano II la gran mayoría de los fieles de edad madura, y la casi totalidad de los más jóvenes, o no han oído el solemne anuncio de la llamada personal a la santidad y al apostolado, o no saben qué significa, o no conocen los caminos para llevarlo a la práctica. De manera que, cuando la Iglesia ha comenzado a través de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sus pastores a tocar otra partitura, la «gran masa coral» la desconoce, y viene un silencio desconcertante tanto para los pastores como para los fieles.

Pienso que en nuestra situación histórica, en el aquí y en el ahora de la Iglesia y de la sociedad civil, la teología ha de asumir una tarea ardua que le viene exigida conjuntamente por la doctrina eclesiológica del Concilio, por las orientaciones magisteriales postconciliares emanadas como desarrollo de tal doctrina, y, por último, por la intensa evolución cultural del mundo en este inquieto final de siglo. Tiene la teología la obligación de repensar sobre la Iglesia, vista desde la multiplicidad de sus miembros singulares (con su función orgánica, sin duda) y desde la comunión que fundacionalmente constituimos.

Con cierta informalidad en el lenguaje, se podría decir que ha llegado para la Iglesia —por su propio desarrollo doctrinal y por la evolución del mundo en el que vive, al que ha de evangelizar desde dentro— la hora de las personas y de los lazos interpersonales mediante los cuales, libremente, se relacionan: la hora, también para el pensamiento teológico teórico y práctico, del individuo dueño de su libertad y de su fe, de sus compromisos personales y de su cooperación responsable en los proyectos comunes. Estamos en el tiempo de la libertad, de la espontaneidad solidaria y de la organicidad. Desde aquí se ha de construir.

Y es aquí donde surge la necesidad de una teología espiritual adecuada, y de una acentuación firme de la espiritualidad como objetivo a desarrollar en sí mismo y como fuente de una eclesiología a la altura de los tiempos.

La espiritualidad cristiana puede ser expresada como un proceso dinámico de realización personal en Cristo, y de configuración de la sociedad con el espíritu cristiano, para el que cada fiel está originariamente capacitado e impulsado por la recepción en la Iglesia del Don del Espíritu Santo. Un proceso personal de santidad y de apostolado, promovido y alentado por el Paráclito en todos los bautizados a través de los dones que distribuye: una dotación sobrenatural de gracia, carismas, conocimientos y fines. El fin común de todos los fieles (vocación a la santidad y misión evangelizadora, que hacen presente el Reino), se alcanza, en efecto, con unos mismos medios (fe, gracia, sacramentos, compromiso personal), pero se personaliza a través de diversos carismas con los que el Espíritu Santo configura la posesión y el ejercicio de lo común en formas distintas de compromiso cristiano con la Iglesia y con el mundo: como laico, como sacerdote, como religioso.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Una es la vida cristiana en su fin y en los medios para alcanzarlo. Una es, por tanto, la espiritualidad cristiana. Pero diversos son los dones carismáticos personales que el Paráclito distribuye y que la Iglesia reconoce y acoge en su seno, a la vez que la constituyen en comunión de personas con diferentes estados de vida y con diferentes funciones respecto de los otros fieles y respecto del mundo.

Esto hace, como es lógico, que los modos de ejercicio de la espiritualidad cristiana se diversifiquen, por razón del sujeto y de su carisma personal, concretamente según esas situaciones eclesiales distintas que son la existencia laical, el ministerio sacerdotal y la vida religiosa. Situaciones que dan lugar a tres modos funcionalmente distintos de cooperar de manera personal en la tarea de la Iglesia, y de dirigirse personalizadamente a la meta común de la identificación progresiva con Jesucristo. La tarea es idéntica para todos: la puesta en ejercicio del proceso de salvación de los hombres (y en los hombres del mundo) por medio del espíritu cristiano, pero realizada de manera diferente, ya que el carisma aporta en cada caso un modo peculiar de compromiso personal: es decir, un modo particular de relacionarse personalmente con la Iglesia (con los demás fieles) y con el mundo (con los demás hombres).

Hay, pues, como es doctrina común, una igualdad radical de todos los fieles en cuanto a su dignidad cristiana, en cuanto a su destino y en cuanto a su responsabilidad respecto a la misión de la Iglesia. Hay también entre ellos una diversidad funcional, establecida por la vía del carisma personal. Esto significa, a su vez, que la vida espiritual laical posee unos rasgos diferenciadores que han de ser reconocidos, respetados y desarrollados doctrinal y pastoralmente. De esto depende en buena medida, a nuestro entender, la comprensión del pensamiento eclesiológico conciliar y el progreso de una pastoral auténticamente evangelizadora.

Hemos mencionado más arriba que el carisma aporta a la persona del fiel (laico, sacerdote, religioso) una doble relación con la Iglesia y con el mundo. Los elementos configuradores de dicha relación varían en cada uno de los tres tipos de fieles, aun dentro de una estructura común. El análisis de tales variaciones es de gran importancia, y está incoado ya en los documentos conciliares. No es, sin embargo, nuestro objetivo directo; aquí sólo aludimos a lo que es necesario para desarrollar con lógica una reflexión sobre la espiritualidad de la vida laical.

La relación del laico con la Iglesia y con el mundo es doble, y

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

viene establecida por el bautismo. Respecto de la Iglesia es relación de pertenencia (antes no pertenecía a ella, después sí): es la relación originaria y definitoria de todo fiel. Respecto del mundo es relación de misión y posesión: antes ya pertenecía al mundo y estaba en él, después comienza a estar de un modo nuevo y a pasar de sujeto perteneciente a posesor. Esta posesión consiste en el proceso de purificación y santificación de los hombres y de las realidades humanas: se posee el mundo en cuanto que se rescata para Dios.

Hablamos conscientemente de una doble relación y no de dos relaciones distintas a la Iglesia y al mundo, porque se trata de un mismo sujeto, de un mismo fundamento y de dos términos distintos: es una relación doble que surge por un mismo acto en un mismo sujeto. Por referirse, mediante el bautismo, a la Iglesia con relación de pertenencia, el laico se refiere de manera nueva al mundo con una relación de misión y posesión. Si no existiera el fundamento y, por tanto, la primera relación, no existiría la segunda. Pero la realidad ontológica de la primera adquiere una especificación esencial por la segunda: el cristiano pertenece a la Iglesia para estar de modo nuevo en el mundo y poseerlo, es decir, para redimirlo y establecer en él el Reino. La inseparabilidad de ambos aspectos, la mutua dependencia, nos permite hablar de una única relación en el sujeto bautizado. Es una nueva realidad de su estatuto personal, que puede denominarse con el nombre de *secularidad*.

Según esto, la secularidad podría expresarse con una nueva relación de la persona respecto del mundo (misión en él y posesión de él) en cuanto perteneciente a la Iglesia, es decir, en cuanto persona bautizada. Esto significa que la vocación cristiana sin más especificaciones, la del fiel corriente, se caracteriza por una referencia nueva al mundo, con las condiciones señaladas para esa novedad. O dicho de otro modo, la pertenencia a la Iglesia del fiel corriente, que lleva consigo la llamada a la santificación personal y a la cooperación en el establecimiento del Reino de Dios, se especifica en referencia al mundo, pues consiste en estar en él de modo nuevo y de informarlo con el espíritu cristiano. Esto es lo que podemos llamar *carisma laical* o, con otro nombre, *secularidad*. Por eso podemos también decir que la espiritualidad dice en el laico referencia al pleno ejercicio de la secularidad: es un proceso de santificación personal y de santificación del mundo, precisamente en el mundo y tomando ocasión del mundo.

Sobre algunos aspectos de dicho proceso, o bien, dicho de otro modo, sobre algunas características de la relación entre espiritualidad

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y secularidad, queremos reflexionar en las páginas siguientes. Para orientar la cuestión con la profundidad que merece, tanto por ella misma como sus consecuencias teológicas y pastorales, hemos elegido como objetivo de nuestras reflexiones un texto del Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, cuya doctrina es fuente de importancia primordial en esta materia.

2. *Límites de nuestro trabajo*

Las páginas que siguen, quieren responder honradamente al título que les hemos dado: unas reflexiones teológicas sobre la espiritualidad secular a partir de un texto de Mons. Escrivá de Balaguer, cuyo contenido consideramos capital en nuestra materia. Al redactarlas se han tenido en cuenta dos criterios básicos: a) la fidelidad al enunciado literal del texto y al espíritu desde el que está escrito, y b) la convicción de que, en su brevedad, es dicho texto un exponente muy significativo del pensamiento de su Autor y de su profunda originalidad teológica y espiritual.

Al trabajar desde esos criterios, y al seguir un método expositivo muy ligado al propio texto, debemos también asumir de manera consciente ciertas limitaciones. Consisten, en esencia, en el hecho de que comentamos un texto que, aunque cuantitativamente pequeño —unas pocas páginas entre miles—, pertenece a una figura central en el terreno doctrinal y pastoral, cuyo pensamiento, que es al mismo tiempo expresión de un fecundísimo carisma fundacional, exige amplios estudios: algo muy alejado de la brevedad y de las pretensiones de esta comunicación.

El texto que vamos a comentar tiene un inmenso contexto literario, editado en parte, y un marco de referencia vital —la vida apostólica del Opus Dei al servicio de la Iglesia y de la sociedad civil— intraducible a palabras. Todo eso tenemos ante los ojos al redactar estas páginas, aunque sea implícitamente.

II. El texto que estudiamos

El día 8 de octubre de 1967, hace ahora veinte años, Mons. Escrivá de Balaguer, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, cele-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

bró una Misa en el *campus* de Pamplona ante 25.000 personas venidas de distintas partes de España y Europa. La homilía que pronunció en tal ocasión es el texto sobre el que trabajamos. Ha sido editada dentro del volumen «Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer» (1.ª ed. Madrid 1968; 14.ª ed. Madrid 1985), con el título de *«Amar al mundo apasionadamente»*. La analizamos aquí, sin embargo, sólo parcialmente.

Una primera lectura del texto *prout iacet* permite observar algunas características generales sobre las que debemos decir una palabra.

Se advierte en estas páginas, en primer lugar, algo habitual en los escritos de su Autor: son una profunda y original exposición de grandes temas de la fe católica, en la que las dimensiones doctrinales y teológicas adquieren una forma de presentación viva, atrayente y accesible a cualquiera de la praxis cristiana. En realidad, si sucede esto es precisamente porque el programa de vida cristiana que se propone en dichos textos es muy doctrinal: una contemplación de la vida humana iluminada por la fe explícita de la Iglesia.

Nos encontramos ante una profundísima contemplación teologal —y, como tal, intencionalmente teológica— de lo humano en cuanto amado por Dios, abrazado y redimido por Cristo, traspasado y enaltecido por la acción del Espíritu Santo: lo humano asumido por Dios, elevado al orden sobrenatural y convertido en *lugar* de santidad y de apostolado.

La vida cristiana es presentada por Mons. Escrivá en toda su radicalidad evangélica, es decir, vista en Jesucristo perfecto Dios y perfecto Hombre, Modelo único que el Espíritu Santo reproduce en la inconmensurable variedad de las personas cristianas. Pero, entonces, puesto que la luz surge del Modelo y de la acción personalizada del Espíritu Santo, el protagonista de estas enseñanzas, aquello a lo que se dirige el interés de su Autor, no es el vivir cristiano en cuanto tal, sino el hombre llamado a vivirlo: la persona cristiana, única e insustituible, aquel hombre común y corriente, igual a los demás, que por la gracia de Dios puede y debe reproducir en su existencia personal la vida de Jesucristo.

Mons. Escrivá de Balaguer contempla el misterio sobrenatural en sí mismo y en cuanto dado no como dos realidades separadas. Lo que nos ha sido dado a través de la revelación y en la Iglesia, es lo que en Dios mismo es, y nos ha sido dado para ser tenido por nosotros, para que sea nuestro: asimilación de nuestra vida a la Vida de Dios.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Ese es el nervio de su contemplación de la vida cristiana, entendida como unidad —sin confusión ni separación— de la existencia humana con los dones que hacen presentes en nosotros y entre nosotros a las Personas divinas. Nada tiene de extraño, entonces, que el verdadero leit-motiv *teológico* del texto que estudiamos y de sus análogos, sea *la vida humana* precisamente en cuanto humana *de las personas cristianas*. El vivir de cada día, el trabajo, las actividades más ordinarias, todo el ámbito interno y externo de la existencia personal de un cristiano, es vocacionalmente un lugar de encuentro con Dios.

Las ideas que señalamos, y que vamos a desarrollar algo más a continuación, permiten quizá ya comprender el por qué de nuestra intención de estudiar la espiritualidad secular en el contexto doctrinal del Fundador del Opus Dei. Vemos en su pensamiento, como hemos indicado, una fuente teológica de primera magnitud para nuestra materia. Aunque nos atengamos a un solo texto (por otra parte, muy significativo), e incluso aunque ese texto lo analicemos sólo en parte, se podrá comprobar la importancia objetiva de su doctrina renovadora.

III. Análisis teológico del texto

1. *Visiones deformadas de la vida laical*

Los párrafos introductorios de nuestro texto aluden, dentro del marco eucarístico en que se pronunciaba, al significado escatológico de aquella acción sagrada: «*comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el cielo*». Ese «estar ya» y «no estar aún» característico de la participación en la Eucaristía y extensible, bajo distintas razones, a la entera existencia cristiana entendida en plenitud de sentido, es el punto de partida de la homilía y de nuestras reflexiones.

El destino trascendente de la persona es objeto de la fe y de la esperanza teologales, en las que —con los demás dones de la gracia— nace y se sostiene la existencia cristiana. Son verdades éstas en las que no es preciso detenerse. Pero el significado escatológico cristiano, enriquecedor de la comprensión de la vida humana, puede ser deficientemente entendido y convertirse en elemento deformador.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Sucede esto, por ejemplo, a través de la errónea reducción de la esperanza escatológica a una referencia pasiva e inoperante a un más allá, ajeno a los intereses terrenos. Se cae entonces en una cierta visión extrinsecista del destino sobrenatural de la persona humana, que conduce fácilmente a una sutil confusión: el desapego cristiano del mundo se interpreta como desarraigo de las cosas de la tierra, y ésta queda como envuelta en un halo maniqueo de «materia» irredenta. De ahí a los falsos espiritualismos sólo hay un paso.

Esa es la *«visión deformada del Cristianismo»* que describe nuestro texto, pues consiste en: *«presentar la existencia cristiana como algo solamente "espiritual" —espiritualista, quiero decir—, propio de gentes "puras", extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí».*

Una consecuencia grave de tal deformación es malentender la Iglesia y su misión, en la misma dirección indicada: confundir su desapego y distinción del mundo con desarraigo, y tratar de reducir el espacio universal de su misión a terrenos restringidos. Paradójicamente, esa deformación es participada casi a partes iguales por el clericalismo y el laicismo, que ignoran en idéntica medida aunque por razones distintas la esencia teológica de la Iglesia y del mundo, por no comprender el sentido revelado de la Encarnación redentora de Dios y la doctrina sobre la creación. Ambos errores coinciden también en su incapacidad para entender la secularidad como valor cristiano, con lo que vacían de contenido la vida cristiana del fiel corriente e incluso el puro substrato humano en que se apoya.

Desde una y otra orientación se tiende a recluir al fiel cristiano en el «templo», y a separarlo de la tarea real que ha de realizar: la construcción y configuración cristiana de la sociedad. *«Cuando se ven las cosas de este modo* —escribe Mons. Escrivá de Balaguer— *el templo se convierte en el lugar por antonomasia de la vida cristiana; y ser cristiano es, entonces, ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesiástica, en una especie de "mundo" segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del Cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él».*

Cierto es que la antigua tentación clerical tiende a ser superada en la Iglesia, después del Concilio Vaticano II, aunque sigue ser-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

peando en formas evolucionadas de plantear, por ejemplo, la cooperación de los laicos en las estructuras pastorales de la Iglesia, o en ligeras traducciones de la comunión eclesial a moldes comunitarios: entre tantas cosas positivas permanece aún la perezosa costumbre de vaciar vino nuevo en odres viejos.

La tentación laicista o secularista está, en cambio, en plena posesión de su perenne vitalidad. Aquella sigue, en ocasiones, anclada en una visión extrinsecista de la vida cristiana, constituida por yuxtaposiciones (ser cristiano = ser hombre + un barniz de religiosidad), y parece defender, a veces, un compromiso personal con la fe y con la misión de la Iglesia consistente en asumir la yuxtaposición con mayor sacrificio, con lo que se acentúa la visión de la existencia cristiana como una carga y no como una liberación. La segunda, por su parte, suprime incluso toda yuxtaposición de planos: simplemente hace caso omiso de la religiosidad, o tolera a la contra sus manifestaciones sociales. Ni por un camino, ni por el otro se logra salir del ghetto de una existencia cristiana sofocada.

2. *El verdadero lugar de la existencia cristiana*

«*Hijos míos* —escribe sacerdotalmente el Autor de nuestro texto— *allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a los hombres*».

La vida ordinaria es presentada en este párrafo como el verdadero lugar de la existencia cristiana. Se anula así de raíz, conforme a la doctrina evangélica, cualquier posible visión dualista del hombre cristiano y de su actividad. Ningún aspecto de la vida personal del hombre en cuanto hombre es separable de la sobrenatural vitalidad cristiana. No hay yuxtaposición de naturaleza y gracia en el plano operativo, porque no existe tampoco en el plano ontológico. La elevación sobrenatural de la persona a la condición de hijo de Dios en Cristo, no es acumulación de lo sobrenatural sobre lo natural, ni sustitución, ni supresión de lo que es ser hombre, sino plenificación sobrenatural de la capacidad de conocer, de amar y de obrar: plenificación sobrenatural de la persona en su naturaleza.

La existencia cristiana es considerada en el texto como: «*vuestro*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

encuentro cotidiano con Cristo», expresión que acentúa su radicalidad personal, su condición operativa permanente y su orientación esencial. Dicho *encuentro* tiene un sentido preciso: *«santificarnos, sirviendo a Dios y a los hombres».* Es una descripción tan profunda como sintética de la vocación y misión del cristiano, en su referencia personal a Cristo. Mons. Escrivá no sólo escribe «santificarnos», sino *«debemos santificarnos»:* el «encuentro cotidiano» con Jesucristo es concebido como una exigencia de santificación. Con ello se pone de manifiesto la característica principal de la llamada cristiana, idéntica en todos los bautizados: ser cristiano implica un deber de santificación. No es un nuevo deber de la persona bautizada, que hubiera de realizar junto a otros, sino el alma de todos sus deberes como hombre y como fiel. La llamada a la santidad es la esencia de la común vocación a seguir a Jesucristo.

Por otra parte, ese deber se lleva a cabo, conforme se lee en nuestro texto, *«sirviendo a Dios y a los hombres».* En este doble servicio radica la novedad que distingue la existencia cristiana de la existencia humana en general. Es una novedad de misión, un modo nuevo de relacionarse personalmente con Dios y con los hombres (en la Iglesia y en la sociedad). La fe aporta a la persona un sentido de misión: servicio a Dios en la tarea de configurar el mundo con el espíritu cristiano, servicio a los hombres en la tarea de hacer presente entre ellos a Dios. Para que la misión se realice a través de su cauce natural, es requisito indispensable —en el caso del laico— la permanencia en su propio lugar, la salvaguarda de su identidad.

Nada hay que añadir o quitar a la vida del hombre corriente para que sea vivida en referencia personal a Cristo, nada que no haya sido entregado en el don de la fe. *«Las cosas más materiales de la tierra»* pasan a ser lugar de llamada y misión, son poseídas con un título nuevo, comprendidas en sí mismas —sin forzar su naturaleza— de modo nuevo. La misión del cristiano se lleva a cabo allí donde están sus aspiraciones, su trabajo, sus amores. De tal modo que, como afirma poco después nuestro texto: *«cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios».*

Así, pues, el párrafo que comentamos nos sitúa en el núcleo de la espiritualidad secular, como proceso de santificación y de configuración del mundo con el espíritu de Cristo, llevado a cabo en el propio lugar de la existencia de cada uno y desde las caretcarísticas peculiares de ese lugar: *en* el propio ambiente y *desde* el propio ambiente.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día».

La espiritualidad del fiel corriente viene, pues, caracterizada como una *llamada de Dios,* es decir, un proceso activo originado en la gracia —también es indicado como una *espera de Dios—, a servirle,* con lo que subraya el sentido creatural y cristiano de la llamada, *en y desde las tareas civiles,* o bien, *en el inmenso panorama del trabajo.* Esta última expresión acentúa no sólo el ámbito, sino, más profundamente, la esencia del ejercicio de la espiritualidad laical: la secularidad. No hay ruptura entre el ejercicio común de las actividades humanas y el ejercicio de la vocación-misión del cristiano; no hay tampoco amoldamiento artificial, ni desnaturalización de una u otra. Sólo hay una novedad de sentido y de fin que, desde la persona elevada por la gracia, redunda en un modo nuevo de contemplar la creación y de relacionarse con ella.

3. *«Quid divinum»*

Continúa Mons. Escrivá con un párrafo que nos parece central en toda su exposición: *«Sabedlo bien: hay "un algo" santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir».*

El énfasis particular con que comienza el párrafo es una indicación de la importancia que se quiere dar a lo que sigue. Hay *un algo divino,* en *las situaciones más comunes,* que *cada uno ha de descubrir.* ¿Cómo interpretar estas palabras?

«Situación común» puede entenderse aquí como una manera de referirse a la objetividad de las diversas situaciones en las que puede encontrarse la persona, o dicho de otro modo, a la objetividad de lo que viene dado, de lo que está dado: el contexto objetivo de la existencia personal captado en todo su realismo (las estructuras sociales, el trabajo cotidiano, las relaciones profesionales e interpersonales, etc.). En eso, que ya está dado, hay un escondido *quid divinum* susceptible de ser enunciado de muchas maneras: una presencia virtual de Dios, de su amor creador, de su acción redentora; una llamada consecutiva a dicha presencia, es decir, un protagonismo divino en

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

aquella situación común; un sentido nuevo de aquel instante puntual de la existencia personal: un sentido de misión. En ese *quid divinum* que *a cada uno toca descubrir* (el verbo «descubrir» encierra dos contenidos: encontrar y mostrar), se está dando a entender la dimensión teologal de la vida ordinaria, la raíz teológica de la secularidad y de la espiritualidad del trabajo.

Encontrar y mostrar el protagonismo divino escondido en las situaciones más comunes, es una manera de expresar la íntima compenetración de naturaleza y gracia en la realidad existencial de la persona cristiana. Ella es el sujeto, pasivo y activo al mismo tiempo, de una conjunción de realidades que sólo en ella pueden coexistir y ser concebidas como unidad de fin y de sentido. El actuar del cristiano consiste, en cierto modo, en evitar el deslizamiento tangencial de esas realidades entre sí, o bien, dicho positivamente, en construir la sociedad a partir de dicha unidad nacida en la persona.

4. *«Materializar» la vida espiritual, «espiritualizar» las realidades ordinarias*

Las expresiones que utilizamos en este título podrían resultar chocantes, si no hubiéramos escrito lo anterior. Después de las anteriores reflexiones son, sin embargo, puro enunciado de su realización práctica. Así lo encontramos en la continuación del texto que comentamos.

Ambas expresiones nos permiten sintetizar el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer acerca de lo que denomina *«tentación de llevar una doble vida»,* palabras que, al advertir del peligro de desvirtuar la espiritualidad laical, darán lugar a una luminosa explicación de la misión del laico.

La *doble vida* es la disociación en la persona de *«la vida de relación con Dios»,* por una parte, y de la *«vida familiar, profesional y social, llena de pequeñas realidades terrenas»,* por otra. Sería, pues, la ruptura de la íntima compenetración de naturaleza y gracia en la realidad existencial de la persona, a la que antes aludíamos. Ruptura, por tanto, de la unidad de fin y de sentido en el interior de la conciencia cristiana, que se traduciría en un dualismo de orientaciones y referencias: Dios por un lado, lo humano por otro. Estamos de nuevo en la errónea yuxtaposición de planos que impide de raíz una auténtica espiritualidad secular.

Materializar la vida espiritual significa, en este contexto, huir de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la tentación de esquizofrenia espiritual, evitar todo dualismo existencial entre unas «obligaciones religiosas» y unas «actividades seculares» religiosamente asépticas: no dividir la conciencia moral en compartimentos estancos ocupados por mercancías distintas. Y todo ello, porque *«hay una única vida, hecha de carne y de espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»*.

A esto se une lo que nos parece una explicación luminosa de la misión de los laicos. Las palabras de la homilía dicen así: *«Necesita nuestra época devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo»*. El párrafo es como una glosa al *quid divinum* antes mencionado, y a la tarea de descubrirlo.

Espiritualizar, significa aquí contemplar, poseer y habitar el mundo como creación desde el hecho y la doctrina de la redención. No es desvirtuar lo material, sino redescubrir su originario sentido creacional oculto para la conciencia alienada por el pecado, y hecho de nuevo patente ante la conciencia redimida por la gracia. Lo que se pone, entonces, *al servicio del Reino de Dios,* no es una aislada «vida espiritual» sino la fecunda unón de la conciencia redimida y de la creación redescubierta; unión que es ya en sí misma expresión de la presencia del Reino. El Reino se va haciendo desde sí mismo y hacia sí mismo: en cierto modo, puesto que ya está hecho en Cristo y en el Espíritu Santo, se va desvelando a través de la misión del hombre cristiano, y ante sus ojos. La conciencia entrega al mundo su don y su sentido de la redención, y el mundo le devuelve su don y su sentido de creación. Es un *admirabile commercium* hecho posible en Cristo, Verbo de la creación, Actor de la redención.

5. *Materialismo cristiano*

Al hilo de nuestro texto, llegamos ahora a otro de sus vértices doctrinales. Me atrevería a decir que, en realidad, alcanzamos su cumbre. Esta es su formulación: *«El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la "desencarnación", sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un "materialismo cristiano", que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»*.

Sitúa su punto de mira este importante párrafo en la mutua com-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

penetración de naturaleza y gracia, a la que nos venimos refiriendo. El sentido cristiano al que alude es, a nuestro entender, lo que antes expresábamos como una comprensión del mundo como creación desde el hecho y la doctrina de la redención. Lo que en el mismo Cristo es una realidad de vida personal, es para nosotros una admirable clave de intelección: Dios ha asumido la condición creatural para redimir a la criatura, ésta —conforme a la formulación clásica— es redimida en cuanto asumida. La redención es la victoria sobre el pecado: una liberación de la conciencia del hombre y, a través de él, un enaltecimiento de la entera creación. En Cristo, y por la fe en la presencia operativa del Espíritu Santo, confiesa la Iglesia la resurrección de la carne.

El artículo de fe: «creemos en la resurrección de la carne», manifiesta *in recto* la firme esperanza de que toda la realidad personal del hombre, victorioso en Cristo sobre el pecado y la muerte, podrá gozar de la Vida de Dios. Alma y cuerpo alcanzarán su destino sobrenatural, por el don y el poder de la redención. Junto a esto, aunque de manera indirecta, confesamos con la resurrección de la carne la presencia ya activa del fin: la semilla de salvación que portamos, con la que renueva Dios al hombre y con el hombre la creación material. La incoación presente del fin en la conciencia del hombre, hace también ya presentes *in nuce* «los nuevos cielos y la nueva tierra»: la plenitud de la recreación por medio de la redención.

Es profunda y específicamente cristiana la conexión entre redención del hombre y renovación de la creación material, aunque se trate de dos operaciones distintas. La segunda es posible por la primera, pero no al revés, y además la liberación de la creación material es el redescubrimiento de su sentido original por la conciencia humana liberada de la oscuridad del pecado. El hombre cristiano, que sale de la alienación del pecado y reencuentra su condición creatural —enaltecida en Cristo a la condición filial—, está capacitado para desvelar las sombras que en su pecado se extendieron sobre el mundo creado. La creación material vuelve a brillar con toda su belleza originaria, entrega todo su sentido, ante el hombre redimido. Se muestra como el hogar que hizo para el hombre el Amor creador, hogar que con nosotros se encamina a la última y misteriosa perfección.

«Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano», escribe Mons. Escrivá de Balaguer. Es lícito, podríamos comentar, proclamar la dignidad y la grandeza del mundo material como hogar del hombre, como manifestación del Amor de Dios hacia él, en quien es amado el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mundo. Es lícito y necesario confesar que la creación material forma parte de lo que somos como hombres, porque en ella existimos y con ella nos dirigimos hacia el fin. Hablar de un materialismo cristiano, es consecuencia de reconocer la dignidad creatural de un mundo material que fue entregado al dominio del hombre, ligado a la materia por su cuerpo y señor de la materia por su espíritu.

Como nuestro Autor pone de manifiesto tantas veces en sus escritos, y como puede también leerse en los documentos del Concilio Vaticano II y en las enseñanzas de Juan Pablo II, en la intelección cristiana del mundo que venimos esbozando está la raíz teológica de la espiritualidad del trabajo. Afirmar que podemos alcanzar la santidad en el trabajo y santificar nuestra actividad, es sólo posible si se afirma de partida esta doctrina de la creación y del hombre redimido, que se sintetiza en la expresión «materialismo cristiano». En ella se contiene, también, la matriz de la doctrina sobre la secularidad, antitética a las visiones secularistas.

Tanto dista la noción cristiana de secularidad del secularismo, cuanta es la distancia —insalvable— entre el «materialismo cristiano» y los «materialismos cerrados al espíritu». Se podría hacer un comentario de estas ideas tomando ocasión de la encíclica *Dominum et vivificantem* de Juan Pablo II, pero nos llevaría lejos. Nos conformamos con señalar, de manera más modesta, que los materialismos cerrados al espíritu no son sino un resultado, posible en una inteligencia desprovista de la luz de la fe, de una errada compresión del hombre y del mundo. Si la inteligencia no redimida proyecta sobre el mundo una luz de alienaciones y desarraigos, el mundo le devuelve un reflejo de sus propias distorsiones. Los diversos materialismos no cristianos pueden negar a Dios porque, en realidad, no toman en serio la materia: son lucubraciones antropológicas altamente intelectualizadas, y negadoras del espíritu.

La *oposición audaz* a esos materialismos antiespiritualistas, a la que se refiere nuestro texto, es un modo de expresar la misión liberadora de la Iglesia en el mundo. Su específica expresión es la actuación apostólica de los fieles corrientes. Esa es, propiamente, su misión en el mundo: liberarlo desde dentro de la oscuridad que el pecado del hombre arrojó sobre él. Tal liberación sólo se consigue cuando se realiza en cada hombre, es decir, en cada conciencia humana que se abre a la fe y a la gracia, y proyecta luego en el entorno su luz. De ahí la importancia del apostolado de testimonio y acción del laico entre sus iguales. El mundo se comienza a rescatar para Dios cuando

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

se atrae hacia Dios un corazón humano. La formación apostólica de los laicos es la gran baza evangelizadora de la Iglesia.

6. *«Vivir santamente la vida ordinaria»*

Estamos en el último punto de nuestra reflexión, limitada a unas cuantas ideas centrales de la homilía que comentamos. La frase con que lo titulamos manifiesta la consecuencia lógica de todo lo anterior: la vocación-misión de los laicos consiste, a fin de cuentas, en *«vivir santamente la vida ordinaria»,* o, como escribe también Mons. Escrivá: *«hacer endecasílabos de la prosa de cada día».*

El programa de vida cristiana al que impulsa a sus lectores, tiene como primer fundamento humano el realismo de estar, como en lugar propio, donde uno está. En esa coyuntura de tiempo y de espacio, en ese entramado social, profesional, familiar, etc., ahí, en medio del mundo, está presente Dios y su llamada. *«Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, (...) y ateneos, en cambio, sobriamente a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor».* Y, si está Dios, está también la Iglesia y su misión.

La expresión «vida ordinaria» contiene muchos aspectos: la actuación como ciudadano en la vida civil, la vida matrimonial y familiar, las actividades profesionales, etc. Vivir santamente esa vida significará, por tanto, vivir santamente cada uno de los aspectos que la constituyen, o, lo que es igual, buscar en cada uno de ellos el encuentro personal con Dios: vivirlos desde su propia fisonomía —según su propia naturaleza— en referencia a Cristo. Esa referencia, que es compromiso con el mundo, es por igual compromiso con la misión de la Iglesia: proyección y presencia de la misión de la Iglesia en todas las encrucijadas del mundo.

Nos parece importante acentuar esta afirmación última: allí donde está el fiel cristiano, allí se lleva a cabo la misión de la Iglesia si él está comprometido con ella. Todos los fieles, laicos o no, hacen presente esa misión en su propio lugar y a través de su propia función. Algunos de ellos, como son los pertenecientes al orden sacerdotal, ejercen además la misión común con la autoridad y representatividad oficial ante el mundo que, por voluntad divina, les corresponden. Pero, en el caso de los laicos, su compromiso personal con la misión de la Iglesia no es, por su propia naturaleza, testimonio de la Iglesia jerárquica. Hacer presente la misión evangelizadora, fecundar la vida ordinaria con el espíritu cristiano, no es para el fiel corriente actuar

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

en nombre de la Jerarquía. Esta tiene sus cauces y modos de presencia institucional. Tocamos aquí un punto aparentemente obvio, pero central. Un punto que está esencialmente ligado al realismo antes mencionado, y a la comprensión de la vida secular del fiel laico. Ligado, pues, al mismo tiempo, al fundamento de la espiritualidad laical.

Habla Mons. Escrivá de Balaguer, a este respecto, de *mentalidad laical* y señala algunas de sus características, como son, por ejemplo: amor al mundo como lugar de encuentro con Cristo, esfuerzo por adquirir una buena preparación profesional, formar libremente los propios criterios sobre los problemas del medio en que se vive, tomar consecuentemente las propias decisiones, no mezclar a la Iglesia en banderías humanas, no servirse de la Iglesia ni del nombre de católico, respetar las soluciones diversas que los cristianos pueden dar en materias opinables, etc., etc. Libertad personal, en definitiva, con responsabilidad personal, esenciales en la vida cristiana. *«No podríais realizar el programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozarais de toda la libertad que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen de Dios».*

El propio Fundador del Opus Dei ofrece en el siguiente párrafo el sentido de sus afirmaciones. *«Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis —¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia— vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos —en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional—, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo —lo diré de modo positivo—, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social».*

IV. Conclusión

Hicimos al comienzo de estas páginas una manifestación de intenciones, sin ocultar los límites que necesariamente debíamos asumir. Centrada nuestra reflexión en la cuestión de la espiritualidad secular, decidimos enfocarla a través de las palabras del Fundador del Opus Dei en uno de sus escritos. Un maestro de la vida cristiana como él,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

inspirador por la gracia de Dios de un fenómeno pastoral vastísimo de naturaleza secular, ofrece en sus escritos una fuente de principios doctrinales y de concreciones prácticas muy útiles para el trabajo de los teólogos.

Hemos tomado ocasión de algunos párrafos suyos, para tratar de mostrar las raíces teológicas de la espiritualidad de los laicos, presentes de manera más o menos explícita en el programa de vida cristiana que tales palabras ofrecen y promueven. Nuestro trabajo ha consistido, principalmente, en descubrir dichas raíces y expresar, de manera muy sintética, su naturaleza. ¿Qué hemos encontrado?

Sobre todo, hemos pedido constatar que una vida espiritual auténticamente laical se apoya en una comprensión teologal de la vida humana, en cuanto tal, del hombre cristiano. El protagonista es el hombre concreto, fiel corriente en la Iglesia y ciudadano común en la sociedad civil, llamado a la santidad por una vocación-misión que no le saca de su sitio, aunque le capacita para comprender y vivir su existencia personal con un sentido y un fin nuevos. Los rasgos configuradores de su espiritualidad (de su realización personal como cristiano y, con ello, de la misión de santificar el mundo), no son distintos de sus propias coordenadas humanas sino la plenificación sobrenatural de éstas, vistas en la luz de Jesucristo y en referencia personal a El.

Tales rasgos configuradores son, queremos decir, los mismos que constituyen el estatuto personal del individuo —los que también existirían si no fuera cristiano—, pero renovados en su realidad, en su sentido, en su operatividad, en su uso, por la gracia. Renovados, por tanto, también en su fin. ¿Cuáles son esos rasgos?

Son los derechos y deberes de aquella persona, los lazos de sus relaciones interpersonales (sociales, familiares, profesionales, etc.), las características objetivas de su entorno polifacético, las dimensiones de su propia subjetividad, etc. Pero todo ello, al mismo tiempo, comprendido y poseído como propio de manera nueva por la fe en Jesucristo, que aporta una vitalidad sobrenatural en la conciencia personal. Nada cambia, pero todo se purifica y se renueva para la conciencia redimida por la fe en Cristo y el don del Espíritu Santo.

¿Qué han de mirar la Iglesia y la teología al reflexionar sobre la espiritualidad laical? Han de considerar la *vida ordinaria* del hombre corriente, como lugar de encuentro personal con Dios y de misión apostólica entre sus iguales. En esa dirección debe la Iglesia formar a sus fieles, y la teología renovar sus reflexiones eclesiológicas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei